

CAPÍTULO XV

De cómo Tony Johannot, no teniendo bastante leña para pasar el invierno, se procuró una gata, y cómo, habiendo muerto esta gata, se le heló la cola á Jacobo II.

Algún tiempo después de los acontecimientos que acabamos de narrar, sobrevino el invierno, y cada cual había hecho, según su fortuna ó sus previsiones, los arreglos convenientes para pasarlo lo más confortablemente posible; sin embargo, como Mateo Laensberg anunciaba para el año un invierno poco riguroso, muchas personas tenían bastante medianamente provista su leñera, y en el número de esas personas figuraba Tony Johannot, ya fuera porque tuviese confianza en las predicciones de Mateo Laensberg, ó ya por otra razón que somos lo bastante discretos para no profundizar.

El resultado de esa negligencia fué que el día 15 de enero, el espiritual ilustrador del *Rey de Bohemia y sus siete castillos*, al ir á buscar un tronco para meter en su estufa, se percató de que si continuaba encendiendo lumbre á la vez

en su taller y en su alcoba, apenas si tendría combustible más que para una quincena de días.

Pero, desde hacía una semana, se patinaba sobre el canal, el río arrastraba témpanos de hielo como en tiempos de Julián el Apóstata, y el señor Arago, en desacuerdo con el canónigo de San Bartolomé, anunciaba, desde lo alto del Observatorio, que el frío, que había llegado ya á 15 grados, continuaría subiendo hasta los 23, esto es, á 6 grados menos que el que hizo durante la retirada de Moscou. Y, como el pasado servía de ejemplo al porvenir, todo el mundo empezaba á decir que era el señor Arago quien tenía razón, y que una vez, por casualidad, había podido el señor Laensberg engañarse.

Tony salió de su leñera muy preocupado con la certidumbre dolorosa que acababa de adquirir; tenía para escoger: ó helarse durante el día, ó helarse durante la noche; la disyuntiva era asaz terrible.

Sin embargo, después de haber reflexionado profundamente, en tanto bosquejaba un cuadro que representaba al almirante de Coligny colgado en Montfaucón, creyó haber encontrado un medio de arreglar la cosa: era éste trasladar su cama de la alcoba al taller. Respecto á Jacobo II, una piel de oso, doblada en cuatro, haría su papel.

En efecto, la misma tarde, la doble mudanza fué ejecutada, y Tony se durmió acariciado por un dulce calor, felicitándose de haber recibido del cielo una imaginación tan fértil en recursos.

Al día siguiente, al despertar, buscó durante algunos momentos dónde se encontraba; después,

reconociendo su taller, sus ojos, impulsados por la preocupación paternal que experimenta el artista por su obra, se dirigieron hacia su caballete: Jacobo estaba sentado sobre el respaldo de una silla, á la misma altura y al alcance del cuadro.

Tony creyó, al primer golpe de vista, que el inteligente animal, á fuerza de ver la pintura, se había hecho al fin conocedor, y que, como parecía mirar el lienzo de muy cerca, admiraba lo perfecto de la ejecución.

Pero bien pronto Tony se percató que había caído en un error profundo: Jacobo II adoraba el blanco de plomo, y como el cuadro de *Coligny* estaba casi terminado, y Tony le había dado todas sus luces con ese ingrediente, Jacobo pasaba su lengua por todos los sitios donde podía encontrarle.

Tony saltó de la cama, y Jacobo bajó de su silla; pero era ya demasiado tarde: todos los desnudos ejecutados con aquel color habían sido lamidos hasta la tela, de suerte que el cadáver del almirante había desaparecido ya; existía aún la horca y la cuerda, pero de ésta nada colgaba ya. Había que retrasar la ejecución.

Tony comenzó por encolerizarse atrozmente contra Jacobo; después, reflexionando que, bien mirada la cosa, la culpa era suya, pues debiera haberle atado, fué á buscar una cadena y una grapa, aseguró ésta en el muro y fijó un extremo de la cadena, y, teniéndolo así preparado todo para la noche siguiente, se puso á trabajar con ardor en su *Coligny*, que se encontró colgado de nuevo de la cuerda hacia las cinco de la tarde.

Entonces, pensando que lo hecho era ya bastante para un solo día, fuese á dar un paseo por el bulevar, comió luego en la taberna inglesa y se fué al teatro, donde estuvo hasta las once y media.

Al volver á su taller, que encontró todavía templado por el calor del día, Tony vió con satisfacción que nada había sido desordenado en su ausencia y que Jacobo dormía sobre su cojín, y se acostó á su vez con una tranquilidad perfecta, durmiéndose en seguida con el sueño del justo.

Hacia media noche fué despertado por un ruido de hierros viejos: hubiérase dicho que todos los espectros de Ana Radcliffe arrastraban sus cadenas por el taller; Tony creía poco en fantasmas, y, pensando que se tratara de robarle el resto de su leña, extendió el brazo y empuñó una vieja alabarda damasquinada y adornada con un penacho que formaba parte de un trofeo colgado de la pared.

Su error duró poco.

Al cabo de un instante reconoció la causa de toda aquella zambra, y mandó á Jacobo que se acostase.

Jacobo obedeció, y Tony volvió á coger, con el ardor de un hombre que ha trabajado todo el día, su sueño momentáneamente interrumpido.

Mas, no habría transcurrido aún media hora, cuando fué despertado nuevamente por gemidos ahogados.

Como Tony vivía en una calle apartada del centro de la ciudad, creyó que se asesinaba á alguien debajo de sus ventanas, saltó de la cama, cogió un par de pistolas y corrió á abrir.

La noche estaba en calma, y la calle tranquila; ni el más pequeño ruido turbaba la soledad del barrio, á no ser el murmullo sordo que vela incesantemente, cerniéndose por encima de París, y que semeja la respiración de un gigante dormido. Entonces cerró la ventana y se percató de que los lamentos venían de su misma habitación.

Como no había más que él y Jacobo en el dormitorio, y Tony no tenía otra razón para quejarse que el haber sido interrumpido en su sueño, fué á ver si era Jacobo quien se quejaba.

Jacobo, no sabiendo qué hacer, habíase entretenido en dar vueltas en torno de uno de los pies de la mesa bajo la cual estaba acostado; pero, al cabo de la quinta ó sexta vuelta, la cadena se había acortado; Jacobo no tuvo en cuenta esta circunstancia y continuó su maniobra, concluyendo por encontrarse detenido por el cuello; y, como empujaba siempre hacia adelante sin pensar en volver hacia atrás, se estrangulaba más á cada esfuerzo que hacía para desembarazarse. De ahí los quejidos que Tony había oído.

Tony, para castigar á Jacobo por su estupidez, hubiérale dejado voluntariamente en la situación en que él mismo se había colocado; pero, condenando á Jacobo á la estrangulación, se condenaba al insomnio: desenredó, pues, la cadena, haciéndola dar tantas vueltas en sentido contrario como Jacobo la había hecho dar en opuesta dirección, y Jacobo, satisfecho de encontrarse con las vías respiratorias libres ya, se volvió á acostar humildemente y sin ruido. Tony, por su parte, hizo otro tanto, esperando que nada tur-

baría ya su sueño hasta la mañana siguiente.

Tony se engañaba; Jacobo había sufrido un desarreglo en las costumbres de su sueño por haber usurpado algo á la noche, de suerte que, habiendo dormido ya sus ocho horas (era su cifra), no podía ya cerrar los ojos; resultando de esto que, al cabo de veinte minutos, Tony vióse obligado á saltar por tercera vez de su cama, sólo que ahora no fué una alabarda ni una pistola lo que cogió, sino un látigo.

Jacobo le vió acercarse, reconoció sus intenciones y se acurrucó en su almohada; pero era ya demasiado tarde. Tony fué implacable, y Jacobo recibió una corrección concienzudamente proporcionada á su delito. Esto le calmó para el resto de la noche; pero entonces fué á Tony á quien fué imposible reconciliar el sueño, en vista de lo cual se levantó resueltamente, encendió su lámpara y, no pudiendo pintar con luz artificial, comenzó uno de aquellos deliciosos dibujos que le habían hecho el rey de las ilustraciones.

Se comprende que, á pesar del beneficio pecuniario que Tony encontraba en su desvelo, eso no podía durar mucho en las mismas condiciones: así que, al llegar el día, pensó seriamente en encontrar un medio que conciliase las exigencias de su sueño con los intereses de su bolsillo. Hallábase en lo más abstraído de sus meditaciones, cuando vió entrar en su taller una bonita gata de tejado llamada *Michette*, á quien Jacobo quería porque ella hacía todo lo que él deseaba, y la que, por su parte, amaba á Jacobo porque éste le buscaba las pulgas.

Tony, tan pronto se acordó de esa dulce intimidad, pensó en sacar partido de ella. La gata, con su forro de pieles ó abrigo invernal, podía perfectamente reemplazar á la estufa. En consecuencia, nuestro pintor echó mano á la gata, que, ignorando las intenciones que tuviera aquél respecto de ella, no hizo ninguna tentativa para huir, la introdujo en el nicho enrejado de Jacobo, empujó á éste detrás de ella, y volvióse al taller á fin de mirar por el ojo de la cerradura lo que iba á pasar entre ambos.

De pronto los dos cautivos buscaron todos los medios para salir de su prisión, empleando cada cual lo que le sugería su diferente carácter: Jacobo saltó alternativamente contra las tres paredes de su nicho, y concluyó por sacudir los barrotes; después volvió á empezar veinte veces la misma maniobra, sin darse cuenta de que era completamente inútil; Michette quedó donde se la había puesto, y miró en torno de sí sin mover otra cosa que la cabeza; después, acercándose á los barrotes los acarició dulcemente restregándose contra ellos con un costado, en seguida con el otro, elevando su dorso y poniendo su cola en arco; á la tercera vez ensayó, siempre roncando, pasar la cabeza por entre los barrotes; por fin, cuando vió que la cosa era imposible, hizo oír dos ó tres maullidos plañideros y notando que tampoco éstos le daban resultado, fué á hacer su nido en un rincón del nicho, se enroscó sobre el heno y presentó muy pronto la apariencia de un manguito de armiño visto por uno de sus extremos.

En cuanto á Jacobo, continuó un cuarto de

hora, poco más ó menos, saltando, brincando y gruñendo; después, viendo que todas sus zancadas eran inútiles, fué á acurrucarse en el rincón opuesto al de la gata. Animado por el ejercicio que acababa de hacer, permaneció un instante acurrucado y conservando un resto de agitación, pero muy pronto el frío le atacó y se puso á tiritar con todos sus miembros.

Entonces fué cuando percibió á su amiga perfectamente arrollada en su abrigo de piel, y su instinto egoísta le dió el secreto del partido que podía sacar de su cohabitación forzosa con su nueva compañera; en su consecuencia, se aproximó poco á poco á Michette, y se acostó junto á ella; después le pasó uno de sus brazos por debajo del cuerpo, introdujo el otro en la abertura superior del manguito natural que formaba, enroscó su cola en espiral alrededor de la cola de su vecina, que metió complacientemente el todo entre sus piernas y pareció al instante segura ya sobre su porvenir.

Esta persuasión debió complacer á Tony, que, satisfecho de lo que había visto, retiró su ojo de la cerradura, llamó á su ama de gobierno y le ordenó que, además de las zanahorias, las nueces y las patatas para Jacobo, preparase todos los días una pasta ó amasijo para Michette.

La doméstica siguió á la letra aquel mandato, y todo hubiera pasado sin incidente en la vida ordinaria de Michette y de Jacobo, si este último, con su glotonería, no lo hubiese trastornado todo. Desde el primer día había notado, en las dos comidas que se le servían regularmente, la una á las nueve de la mañana y la otra á las

cinco de la tarde (las que, gracias á la complacencia de sus vías digestivas, duraban todo el día), la introducción de un nuevo plato. Por su parte, Michette había reconocido perfectamente por la mañana su pasta con leche y por la tarde su pasta con carne, de suerte que se había puesto á comer la una y la otra, muy satisfecha del servicio, con esa delicadeza desdeñosa que todos los observadores han podido notar en los gatos de buenas casas.

De pronto, preocupado con el aspecto de los comestibles, Jacobo la miró hacer; después, como Michette, gata bien educada, hubiese dejado parte de la pasta con leche en su plato, Jacobo fué tras de ella, la probó, y, encontrándola excelente, dió buena cuenta de los restos. Á la hora de la comida hizo la misma experiencia, y encontrando la pasta con carne igualmente de su gusto, había, siempre fuertemente abrazado á Michette, pasado la noche preguntándose por qué se le daba á él, comensal de la casa, zanahorias, nueces, patatas y otras legumbres crudas, que le causaban dentera, mientras que se ofrecía á una extraña todo lo que había de más fino y delicado en pastas.

El resultado de este desvelo fué que Jacobo encontró la conducta de Tony soberánamente injusta, y resolvió restablecer las cosas á su orden natural comiéndose las pastas y dejando á Michette las zanahorias, las nueces y las patatas.

En su consecuencia, á la mañana siguiente, en el momento en que la criada acababa de servir el doble desayuno de Jacobo y de Michette, y en que ésta se aproximaba roncando á su es-

cudilla, Jacobo la tomó bajo sus brazos, con la cabeza vuelta del lado opuesto á la taza, manteniéndola en esta posición todo el tiempo que le quedó algo que comer; después, concluída la pasta, y satisfecho Jacobo de su comida, abandonó á Michette, dejándola en libertad de desayunarse á su vez con las legumbres; Michette fué á husmear sucesivamente las zanahorias, las nueces y las patatas; luego, descontenta del examen, volvió, mayando con tristeza, á acostarse junto á Jacobo, quien, con el estómago confortablemente abrigado, se ocupó inmediatamente de extender el dulce calor que sentía en la región abdominal á sus patas y á su cola; extremidades mucho más sensibles al frío que el resto del cuerpo.

La misma maniobra se renovó á la hora de la comida, sólo que esta vez Jacobo se felicitó más todavía del cambio de régimen, y la pasta con carne le pareció tan superior á la pasta con leche, como la pasta con leche lo era asimismo á las zanahorias, las nueces y las patatas. Gracias á esta alimentación más confortable y al abrigo de Michette, Jacobo pasó una noche excelente, sin prestar atención alguna á los quejidos de la pobre Michette que, hambrienta y con el estómago vacío, maullaba lastimeramente desde la noche hasta la mañana, mientras que Jacobo roncaba como un canónigo y tenía sueños de oro. Esto duró tres días más, con gran satisfacción del glotón Jacobo y gran detrimento de la pobre Michette.

Por fin, al cuarto día, cuando se les llevó la comida, Michette no tuvo ni aun fuerza para ha-

cer la demostración acostumbrada y se quedó acostada en su rincón, de suerte que Jacobo, más libre en sus movimientos por no estar obligado á comprimir los de Michette, comió con toda satisfacción. Terminada la comida, fué á acostarse, según su costumbre, junto á su gata, y, sintiéndola más fría que de ordinario, la enlazó más estrechamente que otras veces con sus patas y su cola, gruñendo ásperamente por encontrar frío su calorífero.

Al día siguiente, Michette estaba muerta, y Jacobo tenía la cola helada (1).

Aquel día fué Tony quien, inquieto por el frío extraordinario de la noche, fué á visitar, al despertarse, á sus dos prisioneros. Encontró á Jacobo víctima de su egoísmo y encadenado á un cadáver: cogió á la muerta y al vivo, casi tan inmóvil éste como aquélla, tan frío el uno como la otra, y los transportó á su taller. No había allí aumento de calor capaz de reanimar á la pobre Michette: en cuanto á Jacobo, como no estaba más que entumecido, poco á poco el movimiento tornó á todos sus miembros, excepto á la región extrema de la cola, que continuó helada, y que, habiéndose helado mientras estaba arrollada en espiral alrededor de la de Michette, conservó la forma de un tirabuzón, forma inaudita é inusitada hasta el día en la especie simiana, y que

(1) Resultando de sí misma la moraleja de nuestra historia, no hemos creído necesario desarrollarla á nuestros lectores más que por el relato puro y sencillo de los acontecimientos, pues lo contrario hubiera sido quitarles ocasión de meditar sobre los castigos que acarrear siempre el egoísmo y la glotonería.

dió desde entonces á Jacobo el talante más fabulosamente quimérico que se pueda imaginar.

Tres días después llegó el deshielo; pero el deshielo trajo consigo un acontecimiento que no podemos pasar en silencio, no á causa de su importancia propia, sino por las desastrosas consecuencias que tuvo para la cola de Jacobo, ya suficientemente hipotecada por el accidente que acabamos de narrar.

Tony había recibido, durante la helada, dos pieles de león que uno de sus amigos, que á la fecha cazaba en el Atlas, le había enviado de Argel. Esas dos pieles, recientemente desolladas, se habían arrugado á causa del frío al llegar á Francia, lo cual les hizo perder su mal olor, y esperaban, depositadas en el cuarto de Tony, á que éste las hiciera curtir un día ú otro para adornar su taller. Pero como el deshielo había llegado, todo se deshizo, á excepción de la cola de Jacobo, y las pieles, al reblandecerse, volvieron á despedir ese olor acre y fiero que anuncia de lejos á los animales, espantados, la presencia del rey de los bosques.

Resultó de esa circunstancia que Jacobo, á quien, en vista del accidente que le había ocurrido, se le dió permiso para demorar en el taller, olfateó, con esa sutilidad de olfato particular á su raza, el olor terrible que se esparcía poco á poco por la habitación, y empezó á dar señales de visible inquietud, que Tony tomó desde luego por el malestar ocasionado por el cercenamiento de uno de sus miembros más esenciales.

Esa inquietud duraba hacia ya dos días, dos días durante los cuales Jacobo, eternamente

preocupado con una misma idea, aspiraba todas las corrientes de aire que llegaban hasta él, saltaba de las sillas á las mesas y de éstas á los anaqueles, comía aceleradamente y con recelo, mirando con temor en torno de sí, bebía á grandes buchadas y se ahogaba bebiendo, llevaba, en fin, una vida de lo más agitada imaginable, cuando por casualidad, fui á hacer una visita á Tony.

Como yo era uno de los buenos amigos de Jacobo, y no me presentaba jamás en el taller sin llevarle alguna fruslería, tan luego aquél me percibió vino hacia mí para asegurarse de que no perdía mis buenas costumbres; pero lo primero que me llamó la atención, al ofrecer á Jacobo un cigarro de la Habana, á los que era muy aficionado—no para fumarlo á la manera de nuestros elegantes, sino para mascararlo poco á poco y con fruición, como los marineros de *La Rochelana*;—la primera cosa, digo, que me extrañó, fué aquella cola fantástica que no le había conocido jamás, é inmediatamente después aquel temblor nervioso, aquella agitación febril que nunca había notado en él.

Tony me dió la explicación del primer fenómeno, pero estaba tan ignorante como yo respecto del segundo, por lo que se proponía enviar á buscar á Thierry para consultarle acerca de ello.

Me despedía ya de él, aprobando su buena determinación, cuando al atravesar el cuarto de dormir percibí el olor salvajino que allí se respiraba. Pregunté la causa á Tony, el cual me enseñó las dos pieles. Esto bastó para explicármelo todo: era evidente que aquellas pieles de

león eran las que atormentaban á Jacobo. Tony no quería creerlo, y como continuaba pensando que Jacobo estaba seriamente indispuerto, le propuse intentar una experiencia que le demostraría claramente que Jacobo sólo tenía miedo. Esta experiencia era de las más sencillas y fáciles de ejecutar: consistía pura y simplemente en llamar á los dos aprendices, que aprovechaban nuestra salida momentánea del taller para jugar á bolas, y ponerle á cada uno una piel de león sobre las espaldas, haciéndoles entrar en el estudio á cuatro patas y vestidos de Hércules Nemeos.

Desde que la puerta del cuarto de dormir permanecía abierta, y el olor de las pieles de león había penetrado más fuerte y más directo hasta él, la inquietud de Jacobo había aumentado ostensiblemente: el despavorido animal habíase lanzado sobre una escalera doble y subido hasta el último escalón, volviendo la cabeza hacia el lado donde estábamos nosotros, aspirando el aire y dando pequeños gritos de espanto, indicando que sentía aproximarse el peligro y adivinaba de qué lado podía venir.

En efecto: al cabo de un instante, uno de los aprendices, suficientemente caparazonado, se puso de cuatro patas y marchó hacia el taller, seguido de su camarada; la agitación de Jacobo llegó á su colmo. Al fin, vió aparecer en la puerta la cabeza del primer león y su agitación se convirtió en terror, pero en un terror insensato, sin cálculo, sin esperanza; ese terror del pájaro que se debate bajo la mirada de una serpiente, ese terror que quebranta las fuerzas físicas y pa-

raliza las facultades morales; ese terror del vértigo que hace que á los ojos despavoridos el cielo dé vueltas y la tierra vacile, y en que todas las fuerzas, aniquilándose á la vez, hacen caer á uno jadeante como en sueños, sin arrojar un solo grito; he aquí el efecto producido en Jacobo por la sola presencia de los leones.

Ellos dieron un paso hacia Jacobo... y Jacobo cayó de lo alto de su escalera como una masa inerte.

Corrimos hacia él; estaba desmayado. Lo levantamos... ¡el infeliz ya no tenía cola! La helada había puesto á ésta frágil como el vidrio, y en su caída habíase roto.

No queríamos llevar la broma tan lejos; así que, enviamos las pieles de león al gránero, y, cinco minutos después, los aprendices volvieron con su figura natural. En cuanto á Jacobo, al cabo de un instante, abrió tristemente los ojos, lanzando pequeños quejidos; y, reconociendo á Tony, le rodeó los brazos alrededor de su cuello y ocultó la cabeza en su pecho.

Durante ese tiempo, preparé un vaso de vino de Burdeos para devolver á Jacobo el valor que había perdido, pero Jacobo no tenía ánimos ni para beber ni comer. Al más mínimo ruido se estremecía de pies á cabeza, hasta que, poco á poco, y siempre husmeando el aire, se fué percatando de que el peligro se había alejado.

En este momento la puerta se volvió á abrir, y Jacobo, de un solo brinco, pasó de los brazos de Tony á lo último de la escalera doble; pero, en lugar de los monstruos que él esperaba por aquella puerta, Jacobo vió aparecer á su anti-

gua amiga la cocinera: esta vista le devolvió un poco de tranquilidad. Yo aproveché este momento para meterle debajo de la nariz una salvilla llena de vino de Burdeos. La miró un instante con desconfianza, dirigió los ojos sobre mí para asegurarse de que era un amigo el que le procuraba el brebaje tónico, y mojó lánguidamente la lengua, llevándola á su boca como para darme gusto; pero, habiéndose percatado, con la finura de paladar que le caracterizaba, de que el líquido desconocido tenía un aroma de los más estimables, repitió por sí la prueba; á la tercera ó cuarta lameretada, sus ojos se reanimaron, é hizo oír pequeños gruñidos de placer que indicaban su vuelta hacia las sensaciones más alegres. Por fin, vacía ya la taza, se enderezó sobre sus patas traseras, miró en torno de sí para ver dónde estaba la botella, y, al divisarla encima de una mesa, se lanzó sobre ella con una ligereza que probaba que sus músculos comenzaban á recobrar su elasticidad primera; y, cogiéndola con las dos manos como un tocador de clarinete coge su instrumento, introdujo su lengua en el brocal. Desgraciadamente se encontró con que su lengua era algunas pulgadas demasiado corta para rendirle el servicio que esperaba de ella: entonces Tony tuvo piedad de Jacobo y le vertió una segunda taza de vino.

Esta vez Jacobo no se hizo rogar; se hoció, por el contrario, tan vivamente en la taza, que tragó tanto líquido por la nariz como por la boca, viéndose obligado á detenerse para estornudar. Pero esta interrupción fué rápida como el pensamiento. Jacobo volvió inmediatamente

á la obra; y, al cabo de un instante, la salvi-
lla estaba tan limpia como si la hubiesen secado
con una servilleta: Jacobo, en cambio, empezaba
á estar singularmente avinado: todo rasgo de
pavor había desaparecido para dar plaza á un
aire de calavera y de vencedor: miró de nuevo
la botella, que Tony había cambiado de sitio y
que se encontraba sobre otro mueble, y quiso
dar algunos pasos derecho para cogerla; pero,
casi en seguida, conociendo que había más se-
guridad para él doblando sus puntos de apoyo,
se puso á cuatro patas y se encaminó, con la
fijeza que da á la mirada la borrachera naciente,
hacia el objeto que se proponía alcanzar. Había
recorrido ya los dos tercios, poco más ó menos,
del espacio que separaba la botella del punto de
partida, cuando, en el camino, encontró su cola.

Este espectáculo le sacó momentáneamente
de su preocupación. Se detuvo delante de ella
para mirarla, agitó la punta del rabo que le
quedaba, y, después de algunos segundos de
inmovilidad, dió la vuelta para examinarla más
detenidamente. Terminado el examen, la reco-
gió negligentemente, la volvió y revolvió entre
sus manos como una cosa que le inspiraba una
curiosidad bastante mediana, la olió una última
vez y la gustó con la punta de los dientes; pero,
encontrándola de un gusto bastante insípido, la
dejó caer con profundo desdén, y siguió su ca-
mino hacia la botella.

Es el más hermoso rasgo de embriaguez que
he visto hacer en mi vida, y yo lo entrego á la
admiración de los aficionados.

Desde entonces, jamás Jacobo volvió á hablar

de su cola; pero no se pasó ni un día que no pi-
diese la botella. De suerte que hoy, este último
héroe de nuestra historia no solamente está
debilitado por la edad, sino que también em-
brutecido por la bebida.

CAPÍTULO XVI

De cómo el capitán Pánfilo ofreció un premio de dos mil francos y la cruz de la Legión de honor, á fin de saber si el nombre de Juana de Arco se escribía con Q ó con K.

Aunque nuestros lectores hayan perdido, á consecuencia del vivo interés que han debido tomar en la muerte de Jacobo I, el recuerdo de los acontecimientos anteriores á los que acabamos de narrar, recordarán sin duda que al volver de su oncenno viaje á las Indias, después de haber hecho su cargamento de té, de drogas y de añil á expensas del capitán Kao-Kiou-Koán, y haber comprado un papagayo en las islas Rodríguez, el respetable marino del cual escribimos la verdadera historia había recalado sucesivamente en la bahía de Algoa y en la embocadura del río Orange.

Como se recordará, en cada una de esas dos costas había hecho tratos, primero con un jefe cafre llamado Outavaro, y en seguida con otro namaqués nombrado Outavari, para que le facilitaran cuatro mil colmillos de elefante. Y era,

como hemos dicho ya, para dar tiempo bastante á sus dos estimables comanditarios de ponerse en condiciones de cumplir su contrato, por lo que el capitán había intentado aquella famosa especulación de la pesca del bacalao, durante la cual había sido sometido á tan terribles tribulaciones, y que, sin embargo, había terminado satisfactoriamente gracias á su valor y á su presencia de espíritu, secundado por la abnegación de Doble-Boca, que había sido en esta ocasión elevado al grado eminente de jefe de cocina del bergantín mercante *La Rochelana*.

Así, pues, el primer cuidado del capitán Pánfilo, después de haberse deshecho ventajosamente de su bacalao en el Havre y de sus osos en París, había sido comenzar sus preparativos para un décimotercio viaje, que le presentaba ventajas no menos seguras que los doce primeros llevados á cabo. En su consecuencia, fiel á sus antecedentes, de los que ya apreciara los buenos resultados, había tomado el coche de Orleans en la calle de Grenelle-Saint-Honoré, habiase apeado en el hotel del Comercio, y, á las preguntas habituales del fondista, había contestado que era un miembro del Instituto, sección de ciencias históricas, y venía á la cabecera del departamento del Loiret á hacer averiguaciones sobre la verdadera ortografía del nombre de Juana de Arco, que los unos escriben con Q y los otros con K, sin contar los que, como yo, lo escriben con C.

En un momento en que todos los espíritus graves estaban dedicados á los estudios históricos, un pretexto semejante debía parecer per-

fectamente plausible á los habitantes de Orleans: la discusión era, en efecto, bastante importante para que la Academia de las inscripciones y bellas letras se ocupase seriamente y enviase uno de sus miembros más distinguidos para profundizar esta importante cuestión. En su consecuencia, el mismo día de su llegada, el ilustre viajero fué presentado por su posadero á un miembro del Consejo municipal, quien le presentó el siguiente día al adjunto, el cual le presentó á su vez, al otro día, al alcalde, quien antes de fin de semana le presentó al prefecto. Éste, lisonjeado por el honor que recibía en su persona la ciudad entera, invitó al capitán á comer á fin de llegar más pronta y más seguramente á la solución del gran problema con el último descendiente de Bertrand de Pelonge, el cual, como todo el mundo sabe, condujo á Juana la Doncella, desde Domremy á Chinón y de Chinón á Orleans, donde, habiéndose casado, su raza se había perpetuado hasta nuestros días y brillaba con todo su esplendor en la persona del señor don Ignacio-Nicolás Pelonge, licorista al por mayor en la plaza del Martroy, sargento mayor de la guardia nacional y miembro correspondiente de las academias de Carcasona y de Quimper-Corentin. En cuanto á la supresión del *de*, que, como en Casio y Bruto, brilla por su ausencia, era un sacrificio que el señor de Pelonge, padre, había hecho á la causa del pueblo durante la famosa noche en que el señor de Montmórency quemó sus cartas de nobleza y el señor de la Fayette renunció á su título de marqués.

La casualidad servía al digno capitán más

allá de sus deseos: lo que él estimaba, como se puede comprender, en el ciudadano Ignacio-Nicolás Pelonge, sargento mayor de la guardia nacional y licorista al por mayor, era, no la ilustración que tenía de sus antepasados, sino la que había adquirido por sí mismo; el ciudadano Ignacio-Nicolás Pelonge era conocido por hacer, no solamente en Francia, si que también en el extranjero, envíos considerables de vinagre y aguardiente. Y, sabiendo la necesidad que tenía el capitán Pánfilo de una partida bastante considerable de alcohol, comprometido como estaba con Outavari y Outavaro á entregarles á uno mil quinientas y al otro dos mil quinientas botellas á cambio de un número igual de colmillos de elefante, se comprenderá que aceptara con verdadero reconocimiento la invitación que le hacía el señor prefecto.

La comida fué verdaderamente académica. Los convidados, que sabían con qué clase de hombre iban á tratar, habían llegado con todos los tesoros de la erudición local, y cada uno poseía un cúmulo tal de pruebas irrecusables en favor de su opinión, que, cuando llegaron á los postres, los unos habían tomado partido por Guillermo el Cruel y los otros por Pedro de Fenín, y se hubieran arrojado los platos á la cabeza si el capitán Pánfilo no hubiese conciliado todas las opiniones invitando á sus representantes á enviar cada cual una memoria al Instituto, prometiendo hacer distraer dos mil francos del premio Montyon y una cruz de honor de la distribución de los días 27, 28 y 29 de julio, para concederlos á aquel cuya opinión prevaleciera.

Esta proposición fué acogida con entusiasmo, y el prefecto, levantándose, propuso un brindis en honor del respetable cuerpo que hacía á la ciudad de Orleans aquella gracia de enviarle uno de sus miembros más distinguidos para sacar á las fuentes locales uno de los rayos de aquella luz con que el sol parisién ilumina el mundo.

El capitán Pánfilo se levantó, con las lágrimas en los ojos, y, con una voz que revelaba su emoción, contestó en nombre del cuerpo de que formaba parte, que, si París era el sol de la ciencia, Orleans, gracias á los indicios y luminosos datos que se le acababa de dar y que se apresuraría á transmitir á sus ilustres colegas, no podía menos de ser en breve declarado la luna.

Los convidados juraron á coro que aquella era toda su ambición, y que el día en que ésta fuese satisfecha, el departamento del Loiret sería el más noble y envanecido de los ochenta y seis departamentos de Francia: después de esto, el prefecto puso la mano sobre su pecho, dijo á sus convidados que los llevaba á todos en su corazón, y les invitó á pasar al salón para tomar el café.

Ese era el momento que cada uno esperaba para seducir al capitán Pánfilo: no ignoraban la influencia que un miembro tan distinguido, y que había dado pruebas durante la comida de una tan vasta erudición, debía tener sobre las decisiones de sus colegas; por otra parte, había hábilmente insinuado que sería probablemente nombrado relator ponente de la comisión, y, con

este cargo, su voz sería de gran apoyo; por esto, su vecino de la derecha, en vez de dejarle continuar su camino hacia la puerta del salón, lo atrajo al primer ángulo del comedor, y allí le preguntó cómo había encontrado las uvas pasas. El capitán, que ninguna animadversión sentía por este estimable fruto, hizo de ellas grandes elogios, por lo que el vecino de la derecha le tomó la mano, se la estrechó en señal de inteligencia y le preguntó su dirección. El digno sabio respondióle que su domicilio científico estaba en el Instituto, pero que su residencia real tenía en el Havre, adonde se había trasladado para poder mejor hacer observaciones sobre el flujo y reflujo de las mareas, y que se le podían hacer á aquel puerto todos los envíos posibles, dirigiéndolos al capitán Pánfilo, su hermano, comandante del bergantín mercante *La Rochelana*.

Llególe el turno al vecino de la izquierda, que espiaba el momento en que el ponente de la comisión quedase libre; aquél era un confitero muy estimable, que se informó, con el mismo interés que había demostrado su vecino el abacero, del gusto que tenía el capitán por los dulces y las confituras. El capitán contestó que estaba generalmente reconocido que la Academia era un cuerpo muy goloso, y, en prueba de lo que decía, quería confesarle que aquella honorable asamblea, que se reunía todos los jueves bajo el pretexto ostensible de discutir cuestiones de ciencia ó literatura, no tenía otro objeto en esas reuniones á puerta cerrada que asegurarse, comiendo conserva de rosa y bebiendo jarabe de grosella, de los progresos que hacía el arte de los

Millelot y de los Tanrade; que, desde algún tiempo á la fecha, se había percatado del abuso de la centralización en los productos de la confitería, y que las pastas de la Auvernia y el almendrado de Marsella habían sido reconocidos como dignos de la protección de los académicos; en cuanto á él, era muy feliz con haber tenido ocasión de conocer por experiencia que las confituras de Orleans, de las que no había oído hablar jamás hasta aquel día, no les cedían en nada á las de Bar y Chalons: este era un descubrimiento del que no dejaría de dar parte á la Academia en una de sus más próximas sesiones.

El vecino de la izquierda estrechó la mano al capitán Pánfilo y le pidió su dirección, y el capitán, habiéndole dado la misma respuesta que al vecino de la derecha, se encontró libre al fin de entrar en el salón, donde el prefecto le esperaba para tomar el café.

Aunque el capitán fuese un digno apreciador del haba de la Arabia, y aquella de la que saboreaba la llama líquida le pareciese que venía directamente de Moka, reservó todos sus elogios para la copa de aguardiente que le acompañaba, y que tuvo buen cuidado de comparar al mejor coñac que había probado jamás. Á este elogio, el descendiente de Bertrand de Pelonge se inclinó: era el proveedor ordinario de la prefectura, y la flecha de la lisonja, diestramente disparada por el capitán Pánfilo, había ido á herir en pleno blanco.

Siguióse una larga conferencia entre el ciudadano Ignacio-Nicolás Pelonge y el capitán Amable-Deseado Pánfilo, en la cual el licorista

demostró gran costumbre práctica y el académico un profundo conocimiento de la teoría. El resultado de esta conversación, en la cual la cuestión de los líquidos había sido profundamente debatida, fué que el capitán Pánfilo se enteró de lo que quería saber, esto es, que el ciudadano Ignacio-Nicolás Pelonge estaba á punto de enviar cincuenta pipas de aquel mismo aguardiente, conteniendo cada una quinientas botellas, á la casa Jackson y Williams, de Nueva York, con la que estaba en relaciones mercantiles, y que este envío, á la fecha en estiva sobre el muelle de l'Horloge, debía descender el Loiret hasta Nantes, donde sería transportado á bordo de la goleta *El Céfito*, capitán Malvilain, en leva para la América del Norte, dentro del plazo, á lo sumo, de quince ó veinte días.

No había, pues, un minuto que perder, si el capitán Pánfilo quería llegar en tiempo oportuno. Así que, la misma tarde, se despidió de las autoridades de Orleans bajo pretexto de que la lucidez de los esclarecimientos que había adquirido hacían inútil ya su estancia por más tiempo en la capital del departamento del Loiret: estrechó, pues, una vez más la mano al abacero y al confitero, abrazó al licorista, y abandonó la misma noche Orleans, dejando á los ánimos peor prevenidos contra la Academia, enteramente vueltos en su favor, y entusiastas partidarios de esa estimable corporación científica.